

Prólogo

Gran responsabilidad la que me confía Antonio al pedirme prologar su tercer libro de poesía, responsabilidad que no puedo declinar por recíproca correspondencia con la confianza que en su día deposite en él. Pero a la vez que responsable, me siento halagado y orgulloso de hacerlo al poder compartir nuevamente páginas de un mismo libro, y también me siento elogiado y sobre valorado.

Porque si bien este “Olor de existencia” es continuación de los anteriores “Colmenar suspira y canta” de 1987 y “Voces del silencio” de 1991, no es sino una pequeña, o mejor dicho, pequeñísima selección de la ingente obra escrita de Antonio, que espera paciente ver la luz y la oportunidad de que alguien la esparza a los cuatro vientos. Decenas de relatos y cuentos cortos, centenares de pensamientos y reflexiones, miles de versos inspirados en hechos, personas, viajes... y sobre todo y ante todo, dedicados a esta tierra de Colmenar de Oreja, que él llama suya de forma inmaterial y desprendida.

Querido lector, el libro que tienes en tus manos no es sólo un libro de poemas, que ya es bastante, es un pedazo de esa humanidad, que el autor entrega en cada verso.

Permíteme hacerte una recomendación: no leas estos poemas que siguen apresuradamente. La poesía es el “poso” de una profunda meditación, es lo que queda de un gran pensamiento, y su gran encanto es descubrir a través de escuetas palabras el alcance de esa meditación.

Elige el lugar y el momento adecuado para leer cada poema. Te aseguro amigo lector que si así lo haces quedarás atrapado con su fragancia, y nunca olvidarás ese “Olor de existencia” que Antonio exhala en cada poema de este libro. Nunca más cuando pasees por el campo, la vega o el lugar, tus ojos verán lo que hasta ahora han visto; sentirás esta nuestra España como en la siente, “entera y toda”, llorarás con él las “guerras

santas”; seguro que reconocerás entre sus antepasados a ese “Manuel” trabajador y bonachón como prototipo de gañan, y también “ a aquellos señores, que nunca lo fueron”, querrás como él quiere a esta nuestra tierra de mil maneras, a los niños de “otro mundo”, a cada Dios particular; a la floresta en general, en especial jazmines y claveles, y sobre todo a las rosas; odiarás la avaricia de los avaros, por una razón lapidaria: porque a su muerte “todo lo dejaron sin llevarse nada hasta el cementerio”, y la envidia porque “medran más que la razón”, la codicia y maldad humana mientras “haya gentes que coman sudores y no sean de ellos”. En fin, olerás olores que nunca antes habías oído: el “Aroma de los vientos”, el del “cereal maduro”, la “esencia de los campos”, la “mies mojada”, los viñedos y olivos, olor a vida en su más amplio sentido.

En definitiva, sabrás de él más que de nadie has sabido antes, porque querido lector, en este libro Antonio se muestra abierto en canal, con el alma de par en par, y su corazón henchido de amor, generosidad y sin resentimientos; con toda su verdad al descubierto, con sus raíces fuera de la tierra, acordándose de los que quiere, con serenidad, diciendo incluso lo que quiere después de muerto.

Isaías Ayuso Reyerros

En Esencia

Lo positivo o negativo de cada poeta, está en la escueta desnudez en que aparece a través de sus versos, frente al hábitat que le rodea, por ello es innegable el valor de esa desnudez, cuando cada quien y cada cual lo que pretende es tapar sus defectos en esta vida; por ser precisamente en ese estado cuando más fáciles son de detectar.

El verdadero poeta, se queda desnudo en sus propios versos (opiniones semiocultas en el tejido urdido de los poemas), frente a ese alrededor opinante y vivo, sin que por ello sienta pudor; más bien recreándose en el sentir que él mismo crea para desnudar su alma ante el vivir de los demás.

Crear o no crear, pensar o no pensar, sentir o no sentir; son los dilemas que el poeta afronta, aunque para ello tenga que desnudar su alma ante un mundo que trata de ocultar sus taras en unos ropajes casi siempre engañosos.

Cuando se lee o se escucha un poema, tendréis que tener muy en cuenta la desnudez del poeta, en sus propios versos, para catalogar la esencia que le llena; porque en sí la poesía, es la esencia abstracta de la desnudez del poeta.

Nota del autor : “Olor de Existencia”.
Enero, 2003. Antonio Figueroa.

Semblanza

Nací en una familia campesina,
humilde, de peones y gañanes,
de aquellos mal llamados ganapanes
unidos al calor de la cocina.

Yo también fui gañan, como los míos.
yuntero juvenil, adolescente.
Mulero en el barbecho y la simiente;
salió de mis puñados y mis bríos.

Mi mano se curtió sobre la esteva
con ancestros de sangres labradoras
y agarran a la tierra mis esporas,
sorteando los trozos de la gleba.

Mi cuerpo se formó, como la piedra
lo hace, con los restos congregados
bajo el suelo, en los fondos soterrados
y se agarra a su entraña; como hiedra.

Mi alma se forjó, con el solano
abrasador que agosta las cosechas,
casi sin ver los días y las fechas;
bajo el cielo estrellado y soberano.

Me encontré siendo hombre, sin infancia,
en el afán del tajo agotador.
¡Un hombre prematuro del sudor
hecho con la destreza y la constancia!

Aquello fue el buen yunque de la fragua
que a golpe de martillo me forjó.
El punto de partida que me dio,
ardor de fuego y frescor de agua.

Me legaron los años y mi madre
desde el vientre, todo lo que pudieron.
Los días del trabajo me infundieron
lo que aprendí del brazo de mi padre.

Sobriedad en la cuna me entregaron
y fue mi compañera hereditaria,
que al andar me ha sido necesaria
porque ser más humano me ayudaron.

Soy en propia razón, quien a la sombra,
huye del brillo de otros y del mío.
No necesito honores ni porfío
y es la envidia y el odio que me asombra.

Algunas cosas al mirar me han hecho
hacer de mis ideas, incólume,
un fortín que su defensa asume
dejando a la mentira poco trecho.

Más aún, creo en el hombre respetable,
en aquel que a si mismo se respeta
sin sofismos ambiguos ni receta;
en sus actos prudente y responsable.

Conservo algunas cosas: mi equipaje,
lo hicieron con su sangre mis mayores.
De ellos son las rosas y las flores,
mía, una rosa roja para el viaje.

Conozco en la experiencia, el mal y el bien
que maneja la humana condición,
por las cosas que cuece cada quien
y en nada me es ajena esta función.